

ALEJO PEYRET, UN EXTRANJERO PATRIOTA. SU CORRESPONDENCIA CON JUAN MARIA GUTIERREZ

MANUEL E. MACCHI

En un trabajo anterior¹ se han mostrado antecedentes de las personalidades de Alejo Peyret y de Juan María Gutiérrez con el objeto de presentar a los dos personajes que mantuvieron un epistolario de mucho interés, cuyo contenido fue la base de una parte de aquél y de la totalidad de este trabajo.

Ampliamente conocido el segundo, no así el primero, se repiten por lo mismo algunos antecedentes de este último. Alejo Peyret fue un francés que arribó a las playas rioplatenses alrededor de los años 1852 y 1853. Políticamente apasionado, su republicanismo no le permitió soportar la imposición de un nuevo imperio en su país ocurrido en el primero de aquellos años, buscando entonces refugio en playas americanas. Eligió el Río de la Plata. Aquí se instaló en Montevideo. Trabajó como periodista, lo que le permitió volcar en parte sus inquietudes. No había llegado aún a los treinta años cuando recibió una invitación de un connacional, Alberto Larroque, para cumplir una tarea docente en el Colegio del Uruguay, fundado por Urquiza pocos años antes. Ejercía este último las funciones de rector desde el año 1854 y tenía especial encargo del mismo Urquiza de no escatimar esfuerzos ni recursos para la consecución de un cuerpo de profesores capaces.

Así se produjo la instalación de Peyret en nuestro país, al que se vincularía por el resto de sus días —casi el transcurso de medio siglo— y al que dedicaría toda su capacidad creativa que se manifestó

¹ *Investigaciones y ensayos* N° 28, p. 279. Las cartas que con exclusividad han servido para elaborar este trabajo se encuentran en la Biblioteca del Congreso de la Nación, Archivo y Biblioteca "Dr. Juan María Gutiérrez", caja 7, carpeta 28.

en muchas actividades, aun aquellas que, como las de administrador y propulsor de un centro colonizador, no eran propiamente las más adecuadas a sus condiciones de intelectual.

En algún momento de esos instantes iniciales de su presencia en Entre Ríos estuvo en Paraná, en donde colaboró en el periódico oficial *El Nacional Argentino*, órgano que, como es sabido, reflejó la acción difícil y fecunda del gobierno que en esos momentos había iniciado la vida constitucional argentina desde aquella ciudad. En ella debe haber conocido a Gutiérrez, que había intervenido en toda la etapa constituyente y ahora ocupaba uno de los cargos de mayor responsabilidad en el nuevo gobierno. Además, era ya para entonces un personaje reconocido por su versación literaria, lo que pudo haber impresionado a Peyret, y éste a su vez, provocado en Gutiérrez un interés especial por el joven extranjero que manifestaba inquietudes afines no sólo con las intelectuales de él sino, también, con las de los hombres que en el momento llevaban adelante desde Paraná, capital provisional de la Confederación Argentina, toda la nueva etapa de la vida organizada argentina.

Peyret era casi veinte años menor que Gutiérrez. Con todo, se inició desde entonces una amistad que perduró hasta la muerte del bardo argentino, ocurrida en febrero de 1878. La correspondencia que se ha comentado en el trabajo anterior, y sobre la que se proseguirá en éste, es de 1869 en adelante. Es de suponer que hubo otra anterior, así como otros contactos personales que afianzaron la amistad de los dos intelectuales.

Asiduo lector, atento al movimiento bibliográfico que se operaba no sólo en el país, esgrimiendo permanentemente la pluma, Peyret no desentona en su correspondencia con Gutiérrez. Si sabe lo que ocurre intelectual y políticamente en Europa, es profundo lo que conoce de su patria, Francia, y amplio lo que lee de lo que de allí proviene. De sus numerosas y largas cartas a Gutiérrez surge todo esto; a ellas se las ha parcializado en forma temática para un mejor ordenamiento del comentario y análisis de su contenido.

El tema literario es el que más abunda, como se ha dicho. Recibe un libro de poesía de Gutiérrez y al comentar "los inspirados versos" le dice que debería hacerlos conocer en Europa para que los críticos hablen de su autor, en especial los de la *Revue des Deux Mondes* y los de otras especialidades. "La poesía ha muerto hace tiempo", dice, al referirse a la que se produce en el continente europeo, agregando

que “el industrialismo literario ha matado al arte”, y en cuanto a la poesía de Gutiérrez, a la que califica de “tan fresca, tan original, tan *sui generis*”, sería de suma utilidad que los auténticos y verdaderos aficionados se encontraran con ella, aunque estaba de por medio el gran inconveniente de la traducción. “El idioma francés se presta poco para la poesía. Mis paisanos no saben hacer más que canciones”, aventuraba en juicio lapidario muy discutible, que no conformaría a los intelectuales franceses.

Gutiérrez no dejaba de entusiasmar a su vehemente amigo alentándolo para que prosiguiera su tarea de escritor. Veinte días después de aquella carta, el 26 de diciembre de 1869, Peyret volvía a escribirle. Le decía en ésta que por los artículos que él había publicado en *La República*, diario aparecido dos años antes y que funcionó en Buenos Aires hasta 1871, podía comprobar que seguía en la cruzada contra los viejos errores “alentado por usted”, aunque el momento no le parecía el más apropiado para su prédica porque “las polémicas políticas” absorbían toda la atención. Su “cruzada” podría ser casi con seguridad la posición que mantenía en materia religiosa coincidente con la de Gutiérrez, discrepante en muchas de las bases o fundamentos de la Católica Apostólica Romana, como se comentará en otro lugar.

Aparte del epistolario que mantienen, los dos amigos se intercambian libros. Para Gutiérrez es más fácil conocer el movimiento bibliográfico en razón del ambiente en el que actúa, por lo que el otro lo acosa con pedidos de información al respecto, aunque en el rincón en el que vive recibe libros, diarios y revistas. Una de estas últimas, la titulada *Progreso*, se la remiten por entregas, y cuando éstas se espacian interroga ansiosamente al intelectual de Buenos Aires si ella prosigue publicándose. A veces, y como para evitar el extravío del ejemplar, aprovechan el viaje de un amigo, como lo hace Gutiérrez con una obra de Gioberti, para lo que utiliza los servicios de Carlos Beck Bernard, conocido de Peyret de muchos años atrás como que los dos todavía están en la gran tarea de llevar adelante centros agrícolas, aquél en la provincia de Santa Fe.

El respeto que Peyret siente por Gutiérrez puede explicarse por la posición que éste ya tiene en el terreno literario. En otra manifestación de tal alternativa está el permanente pedido de opinión sobre temas y obras. En enero de 1871 escribe artículos sobre política de su país y entonces le solicita un juicio sobre sus escritos que “van hasta las últimas conclusiones de la ciencia política”, aunque

no sabe si le gustará a todos sus paisanos, hecho este último que lo tiene sin cuidado. No faltan en sus artículos comentarios sobre la convulsionada España en sus movimientos antidinásticos que concluyen con la huida de la reina Isabel II, ni tampoco, por supuesto, sobre la no menos conflictiva situación de Francia después de su derrota de 1870 ante Alemania, en la que la mención de Gambetta en la esperanza de muchos franceses, entre ellos Peyret, no podía faltar.

Permanentemente, Gutiérrez busca los medios publicitarios para que el amigo haga conocer sus ideas. Relacionado con muchos intelectuales de América, le abre posibilidades fuera del país, y así, en algún momento, enero de 1871, Peyret recibe cartas desde Lima felicitándolo por sus artículos aparecidos en dicha ciudad. Los había enviado Gutiérrez a un amigo, Juan Espinosa, el que promovió su publicación en la capital peruana. Al comentar el caso, decía Peyret que tales escritos no tenían gran mérito. Ocurría que en estos mundos americanos no estaban acostumbrados a oír semejantes verdades, y que lo de él no tenía más mérito que el de decir en alta voz lo que muchos pensaban.

Un año después, en agosto de 1872, Gutiérrez le provoca otra inquietud. Se trata de la traducción del francés de una obra de Pedro Lanfrey, el escritor y político de esta nacionalidad de tendencia anticatólica y también antisocialista, que en el momento tiene una actuación destacada en apoyo de Thiers. Gutiérrez le ha enviado la obra, que no se menciona, aunque se aventura que puede ser la *Historia de Napoleón I*, que fue la principal que escribiera aquél, o bien el *Ensayo sobre la Revolución francesa*, que Peyret lee con entusiasmo y entonces considera que la traducción puede ser de mucha utilidad. Pero para hacerlo cree que se necesita "un hombre como usted, que conozca la génesis de ambos idiomas porque es un estilo que presenta sus dificultades y sus delicadezas". Ya entusiasmado con la tarea, entiende que, previo a la traducción, habría que hacer apuntes biográficos sobre los personajes mencionados en la obra, como también bibliográficos, y a la vez explicar muchos párrafos con alusiones que dejarían de comprender aquéllos no versados en la historia y la literatura francesas. "¿Es así como Ud. lo entiende?", interroga a Gutiérrez como en un paréntesis a su exuberancia escrita, aunque sigue prometiendo su colaboración. Necesita para ello mucha bibliografía y "principalmente de los diccionarios históricos que supongo deben encontrarse en Buenos Aires", le dice, para terminar expresando sus deseos de una entrevista que permitiría un mejor entendimiento.

Un año después todavía no se ha concretado la tarea. Desde la ciudad uruguaya de Paysandú escribe diciendo que está desocupado y que podría encarar el trabajo si "U. no ha abandonado el proyecto". Son los momentos del segundo levantamiento de López Jordán en Entre Ríos, lo que explicaría aquel exilio ante su simpatía presunta por él o por lo menos ante su oposición a la intervención de los efectivos nacionales en el suelo provincial.

Es admirable el intercambio de opiniones sobre autores que mantienen los dos amigos y las permanentes inquietudes de Peyret por conocer las del literato argentino. Las inquieta en especial sobre obras de historia y de literatura. A veces desespera de su aislamiento que no le permite volcarse hacia toda su vocación. Cuando se refiere al desecho de leer la revista histórica "que U. publica" y de la que no tuvo tiempo de suscribirse en su último viaje a Buenos Aires, le da oportunidad para expresar su ignorancia en historia americana "y por mejor decir en todas las historias", agrega modestamente el autor de futuras obras sobre el pasado. "Estoy viendo —dice al caso— que en el Colegio los profesores universitarios nos han falsificado el aspecto de todos los sucesos", para seguir expresando que quisiera disponer de todo un año para estudiar la historia americana con cierta profundidad.

Las cartas de Peyret se interrumpen hasta el año 1876, o por lo menos no las hay en el repositorio de donde se han tomado las que se vienen comentando. Desde marzo de dicho año le llegarán al destinatario con mucha asiduidad hasta la definitiva desaparición de éste, ocurrida dos años después.

Mucho le interesa, dice Peyret en la primera de dicha reiniciación epistolar, la filosofía de la historia, pero necesita tiempo y elementos que faltan en la soledad en la que vive. Se desquita algo cuando se traslada a la vecina ciudad de Concepción del Uruguay en donde está el Colegio de Urquiza con una biblioteca aproximadamente bien dotada, y también una pública en cuya fundación, ocurrida cuatro años antes, intervino como principal gestor.

En una de esas presencias en dicha ciudad leyó los libros de Juan Lubbock (cuenta al amigo sobre aquello de la filosofía de la historia), el naturalista inglés contemporáneo que recién ha publicado *El origen de la civilización y la primitiva condición del hombre*, así como *El hombre ante la historia*, obras mencionadas y comentadas por Peyret que, por lo mismo, comprueban la actualidad bibliográfica que mantenía el Colegio Histórico del Uruguay, ya que allí las consultó. "Ahí

encontré datos muy preciosos —cuenta— para quien quiere estudiar la maroña del espíritu humano y cómo se han formado las sociedades.”

Consideraba Peyret que la primera de las mencionadas obras debería vulgarizarse y que un compendio, “una síntesis de todas las ideas contemporáneas prestaría inmensos servicios a la causa del progreso, sería un poderoso ariete como dice el amigo Victory y Suárez contra las antiguas preocupaciones arrojando una luz irresistible sobre el campo de la historia”, termina, ya en disquisiciones mayores sobre el poder del pensamiento sintetizado y accesible a las mayorías.

Algunas ironías o un tono jovial asoman a veces en la correspondencia, en especial cuando da noticias personales de alguien conocido por Gutiérrez y también cuando se refiere a ciertas fallas de la sociedad, por ejemplo aquéllas del desinterés de las mayorías por el conocimiento. Al mencionar un autor, Bulke, dice que tendrá pocos lectores aunque muchas novelas. “Su práctico corresponsal”, le llama a un personaje, Fausto Casamayor, que vive en Uruguay y que desea trasladarse a Buenos Aires porque está empeñado en escribir sobre los poetas argentinos, para lo que Gutiérrez podría ayudarlo. Sus intentos para disuadirlo, lo que cuenta con cierta gracia con citas de Ovidio, no surtieron efecto y dice al amigo que pronto lo tendrá cerca.

“Me alegro que Mr. Larroque se haya hecho un republicano, *Quantum mutatus ab illos*”, dice sobre el cambio del que había sido muy eficiente rector del Colegio Histórico del Uruguay, al acusar una noticia de Gutiérrez al respecto, lo que no deja de sorprender ante un concepto generalizado sobre las ideas democráticas de aquél².

De otro ex rector también proporciona noticias. Se trata en el caso de Agustín Alió, prestigioso educador que, al igual que su esposa Clementina Conte, ha dejado un testimonio apreciable en los anales educacionales de la culta ciudad de Concepción del Uruguay.

² Alberto Larroque fue rector del Colegio del Uruguay desde el año 1854 a 1863. Por lo mismo, Peyret alternó con él casi todo este período. Muchos son los que se han dedicado a su personalidad al estudiar la trayectoria del histórico centro educacional, dado el papel fundamental que jugó en lo que se refiere a la eficacia que alcanzó el establecimiento en su rectorado, tanto que al período se lo ha llamado la década de oro. Al juzgar su personalidad hay coincidencia en considerarlo como un neto republicano, y esto es razón de la sorpresa que causa aquella expresión de Peyret, al parecer coincidente con la noticia de Gutiérrez, sobre la *mutación* de Larroque, lo que significaría que ambos lo consideraban un contrario o por lo menos ajeno a tal principio.

En una carta del 9 de abril de 1876 comunica a su amigo los deseos de escribir una obra histórica. El propósito ha surgido al leer un libro de Víctor Duruy "el ministro del difunto emperador que es muy ortodoxo en la historia sagrada", dice sobre el autor de la *Histoire du peuple romain* y de otras sobre Grecia y sobre Francia, que efectivamente fue ministro de Napoleón III durante varios años.

También lee en el momento al abate Drioux, y ambos lo han inspirado en el deseo de "componer una historia despojada de todo ese tejido de embustes y de supersticiones, una historia realmente humana". Pero lo detiene un temor: "¿Sería aceptada por los colegios de la República?" Ella podría ser como un preámbulo para la de la filosofía de la historia, que consideraba indispensable "para la educación del pueblo argentino. Felices los que pudieron llevarla a cabo", se lamenta, para lo que trae el ejemplo de Michelet y Luis E. Martin, autores de importantes obras sobre la historia de Francia, y del belga Francisco Laurent, de la titulada *Etudes sur l'histoire de l'humanité*, en dieciocho tomos.

Gutiérrez le ha facilitado la obra del egiptólogo Gastón Maspero; el ávido lector que es Peyret no tarda en comentarla calificándola como la de "un libre pensador", expresando a la vez que ha quedado con deseos de conocer otras del mismo autor. Sobre Fustel de Coulanges, otro francés contemporáneo como la mayoría de los citados, opina que su obra *La cité antique* le ha parecido una producción maestra, "una de las mejores cosas que pueden leerse después de Vico".

Los estudios de Peyret, fruto de largas y meditadas lecturas, le permiten valorar, cotejar y formular juicios como los anotados y a la vez otros generales, como cuando afirma que "en los últimos veinte años se ha trabajado mucho" y que "el siglo XIX es el glorioso heredero del XVIII". Con todo, no deja de lamentarse por no tener "una existencia independiente" para realizar sus estudios con mayor profundidad y hacer conocer el fruto de sus investigaciones "a la corporación humana". En tal sentido trae el ejemplo de Voltaire, "que supo hacerse rico para estar al abrigo de las persecuciones".

Sus inquietudes bibliográficas son interminables. En la última carta comentada pide a Gutiérrez que "lo ilumine" sobre las obras de historia que le servirán para sus cátedras y también para lo que tiene en mente, o sea lo que él quiere elaborar "juntando elementos para los proyectados escritos, si alguna vez puedo llevarlo a cabo".

Termina con la mención de otro autor conocido en la época, el alemán Jorge Weber, del que sólo sabe la existencia de "su historia universal", que es un compendio de tal autor.

Los comentarios los alterna a veces con otras reflexiones, siempre en el campo del conocimiento. En las aguas del río Uruguay alguien ha encontrado "un pedazo de piedra bastante curiosa", que le trae, y allá va a las manos del amigo para que la entregue al sabio Burmeister con la recomendación de requerirle un informe sobre los resultados de la observación y estudio al que seguramente no se negará el sabio alemán tan vinculado a nuestro país. Y si éste requiere otras muestras, buscará los servicios de un buzo, aunque es de suponer que al decir esto, Peyret estaría pensando en las habilidades natatorias de algún isleño de los tantos que había en la zona.

La gran mayoría de las obras que menciona son de autores contemporáneos y en idioma extranjero. Las lee con avidez, como se ha dicho, se entusiasma con ellas y, como todo asiduo lector, quiere que otros participen de lo que él ha disfrutado, para lo que es indispensable llevarlas a la lengua accesible en el ambiente. De aquí su permanente deseo de efectuar traducciones, por lo que esto es tema latente de su correspondencia con Gutiérrez. Interroga así al amigo en mayo de 1876 sobre la versión que éste emprendiera de la obra de Draper "sobre los conflictos de la ciencia y de la religión"³, escrita en inglés, puesto que si no la había publicado pensaba "con unos amigos de aquí [de Concepción del Uruguay] sobre la necesidad de vulgarizarla".

También se interesa por una obra de historia universal sobre la que cree "haberlo oído decir a Ud. que había sido traducida al castellano", por lo que le pide lo ilustre al respecto, ya que si no lo ha sido, él podría encararla puesto que tendrá tiempo de hacerlo. El trabajo de una traducción no entra en la apreciación de Peyret en el terreno de una tarea de fondo, si se juzga por su afirmación en el sentido de tener tiempo para una traducción pero no "para hacer algo serio".

Pese a dicha consideración de tarea secundaria, insistiría en lo de las traducciones. Ahora es con alguna de las obras de La Fontaine,

³ Juan Guillermo Draper, autor de la obra *History of the conflict between religion and science*, a la que se refiere Peyret, fue un historiador que se destacó en otras ramas de las ciencias en el siglo XIX; dicha obra provocó polémicas y refutaciones y se la difundió en varios idiomas.

el famoso cuentista y fabulista francés del siglo XVII, la que pensaba llevar al castellano aunque "reflexionando he preferido dejarlo en el idioma de Voltaire". Es lo que cuenta el incansable lector en una carta de julio de 1876, posiblemente porque lo inquieta Mommsen, el historiador de Roma al que coteja con Fustel de Coulanges, según relata en la misma. A veces sus entusiasmos lo agotan: "No tengo tiempo de leer tantas cosas", le dice al amigo que le ha recomendado la obra de Taine *Les origines de la France contemporaine*, "y se me cansa la vista de las historias preguntándome a veces a *quoi bon*" (para qué), termina en una expresión de desaliento, o sea la desazón que a veces invade al intelectual en momentos de duda sobre la utilidad o el provecho que puede tener su esfuerzo.

Pese a que la mayor parte de los comentarios se refieren a autores franceses, no deja de seguir el movimiento bibliográfico de los americanos, especialmente argentinos, y así en algún período acosa al amigo con consultas sobre la existencia y calidad de ciertas obras. Le interesan principalmente las de historia argentina porque las necesita para sus cátedras en el colegio, y así desfilan los nombres de Juana Manso, José M. Estrada y Vicente Fidel López, que no había escrito todavía sus libros fundamentales; pide opinión y no deja de emitirla sobre Barros Arana, del que observa que "se detiene en una época algo remota, por lo que sería bueno que prolongase su narración un poco más para interesar a los contemporáneos". Encuentra una historia "muy compendiada de todos los pueblos de América", es la de Masa y Leopart, e interroga: "¿La conoce?", y en una revista "político-literaria" ha leído la noticia de la aparición de una *Histoire de L'Amérique du Sud*, de Alfred Deberle, por lo que pide al amigo que le averigüe sobre su existencia en las librerías de Buenos Aires.

Las inquietudes sobre textos de historia argentina no cesan; "estoy deseando que su compendio aparezca a la brevedad porque hace falta absoluta para la enseñanza", le dice a Gutiérrez, para seguir con críticas a los existentes.

Nada escapa a la curiosidad de este lector que sigue el movimiento de la inteligencia desde un apartado rincón muy poco apto para el desarrollo de sus meditaciones. Conoce las obras de Alberdi y cuando se entera de la aparición de alguna de ellas, en el caso la que escribiera sobre el empresario Wheelwright, que fue quien tuvo a su cargo la construcción del ferrocarril de Rosario a Córdoba, comenta que "debe ser interesante como todo lo que sale de su pluma". En otra posterior,

de diciembre de 1876, insiste en el mencionado escrito de Alberdi. "Me ha parecido que es un ataque contra los hombres del poder. ¿Merecía Wheelwright tanto honor?", dice, en desconfianza de las verdaderas intenciones del gran estadista tucumano. "Usted debe saberlo mejor que yo —sigue—; hay cosas que me parecen muy fundadas, por ejemplo, ¿por qué no hacen en la Ensenada el puerto de Buenos Aires? ¿Por qué no hacen otro en Campana?" Se recuerda que el mencionado empresario actuaba en nuestro país desde la época de Rivadavia, cuando el ministerio de éste en el gobierno de Martín Rodríguez. Entre sus grandes proyectos había figurado la instalación de un puerto en Ensenada, o sea lo que recordaba Alberdi en su trabajo.

Los dos amigos comentan el contenido de libros, se los intercambian: "Adviértote que me había prestado un tomo de Voltaire de edición microscópica, que contenía la cuarta parte de sus obras", le cuenta Peyret en octubre de 1876, año éste de una profusa correspondencia; se comunican sus inquietudes sobre lo que hacen o lo que tienen en perspectiva, aunque en esto es el más joven, el francés, el que pide asesoramiento y a veces ayuda, con mucha discreción, para dar a luz sus trabajos. No falta el comentario sobre actitudes personales, como el caso en el que al comentar la obra de ciertos autores aprovecha Peyret para asegurar al amigo que estuvo acertado al rechazar el título de académico que le otorgara la Real Academia de la Lengua de España, lo que le permite acotar: "¿Qué diablos significa una Academia? Véase cómo se recluta la francesa entre la mediocridad. Es la castración de las inteligencias. Una sociedad de admiradores mutuos, una *camaraderie*. Lammenais, Michelet, Quinet, Proudhon, Luis Blanc no fueron académicos. Pero lo es Dujanlaye. En tiempos de Madame Recourier ella hacía las elecciones." Es indudable, casi está de más decir, que los juicios de Peyret hacen muy poco favor a la Academia francesa.

Gutiérrez conoce la capacidad del amigo en lo que se refiere a conocimientos sobre la intelectualidad de Francia, por lo que a veces se convierte en consultor. Entonces contesta el ocasional informante: "Sobre Tartufo [la conocida obra de Molière] no le puedo decir gran cosa. Desde luego Ud. tiene las *Provinciales* de Pascal que forma una espantosa descarga de artillería contra los *cafards* [hipócritas]; tiene en el mismo Molière la famosa comedia *Le festin de pierre*, es decir el convidado de piedra, donde hay un magnífico retrato del hipócrita; allí hay una página que es una de las más bellas del idioma francés, y sin duda será por ésa y algunas otras semejantes que el inglés

Garrick pretendía que Molière pertenecía a la humanidad más bien que a la Francia. Tiene al incomparable Rabelais con sus letanías. . . , tiene las fábulas de La Fontaine. . . ”, y sigue en otras citas y consideraciones, entre ellas una amplia bibliografía sobre Molière.

Lo último pertenece a una larga carta del 9 de octubre de 1876. Al día siguiente vuelve a escribir como en contestación de aquélla. Las comunes obligaciones lo interrumpen. El diario *Tribuna*, de Buenos Aires, le ha publicado los artículos que creía rechazados, por lo que debe continuar con otros. Pero no quiere dejar la lectura de la historia del *Development intellectual* (Desarrollo intelectual) de Draper, la que cree debe traducirse al castellano, ni tampoco dejar para otro momento la comunicación al amigo de todas las novedades, y entonces se queja de no tener tiempo, “las clases del Colegio me interrumpen a cada momento, y además tengo vulgares preocupaciones materiales que vienen a distraerme”. Pese a todo, se da el gusto de hacerle conocer unos versos que escribiera en 1869, dedicados a un compatriota residente en Paysandú, Mr. Legard, un boticario amigo del poeta Beranger y poeta también él.

Aparte de todo lo anterior, quiere conocer algo de literatura argentina. Gutiérrez le ha hablado de Juan Cruz Varela y le contesta que sólo lo conoce de nombre. “Alguna vez es menester que emprenda la lectura de los literatos argentinos —dice—, pero necesitaría cuatro cabezas”.

Otra inquietud lo tiene absorbido en el momento. Es la de la redacción de un texto de historia europea contemporánea. “Emprendí este pequeño trabajo para los estudiantes —dice en la misma carta en la que transcribiera sus versos escritos en francés— y después de tantos proyectos quiero ver si puedo llevarlo a cabo para las vacaciones. Desgraciadamente no tengo todos los documentos que me serian necesarios.” La obra, a la que ya se ha hecho referencia, aparecería varios años después, en 1893, “arreglada al plan de estudios de los colegios nacionales de la República Argentina”, como dice en la edición de ese año que pertenece a Félix Lajouane. Habían transcurrido diecisiete años desde que la comenzara. Con razón decía entonces: “La cuestión será encontrar un editor”. La frase es de más de cien años atrás. Hoy sigue siendo la cuestión de muchos de los que trabajan intelectualmente con seriedad.

La redacción de su compendio es tema que sigue en la correspondencia de Peyret. Hace cálculos de páginas, líneas de cada página

y letras de cada línea. Piensa tenerlo listo para marzo de 1877 y le han prometido declararlo texto oficial. La dificultad es la anotada. "Un editor de aquí me propuso hacer la operación a medias", dice. Pese a que esto facilitaría la corrección de pruebas, "preferiría una cantidad determinada de una vez y ceder la propiedad del libro a un editor. No sé si esto se practica en esta parte del globo terráqueo."

En cuanto a la necesidad del texto, cuenta que no hay otros. Sabe de la existencia de uno en francés "al uso de Francia, o mejor dicho de Napoleón III". También de otro en castellano de "un señor Weber, confuso, inextricable como la mayor parte de los libros alemanes que se parecen no sé por qué al laberinto de Creta". Los libros de historia "han sido escritos por monarquistas, aristócratas y clericales para Europa", por lo que se impone rehacerlos, afirma. Por eso cree que el suyo llenará un vacío y entonces pide a Gutiérrez su mediación para el caso.

Periódicos de Buenos Aires recogen las inquietudes de Peyret, que son sobre los temas más diversos, haciéndoselos conocer antes a Gutiérrez en extensos comentarios. Entonces éste le facilita la posibilidad de hacerlo aprovechando sus muchas relaciones en Buenos Aires. *La República* le publica una serie de artículos en el año 1877 que Peyret escribe en forma de *cartas*, estilo que utilizaría muy a menudo. Se refieren a "mi examen" dice él sobre el *Syllabus*, o sea las ochenta proposiciones del Papa Pío IX que emitiera en 1864 condenando las herejías y que, según Peyret no eran en contra de los racionalistas, librepensadores y herejes, sino en contra de los católicos liberales como Lacordaire y Montalembert, entre otros¹. Cuenta al amigo que el análisis de las *proposiciones* es extenso y que las ha tomado de una obra de Tissot, aunque variando los comentarios ya que éste, en Francia, no dice lo que él puede decir en la Argentina. Sus artículos sobre temas religiosos provocaron al parecer reacciones de otros periódicos, entre ellos el titulado *América del Sud*, lo que se deduce de ciertas apreciaciones irónicas que emplea Peyret para los redactores de este último periódico en cartas que escribe a principios de 1877.

En otras oportunidades es la *Tribuna* la que acoge los escritos. Gutiérrez, como se ha dicho, es el nexo. El chileno Manuel Bilbao, muy vinculado a nuestro país, así como sus padres y su hermano Francisco, periodista e historiador aquél que innovó en el periodismo

¹ ALEJO PEYRET, *El pensador americano*. Buenos Aires, 1886, p. 227.

al iniciar la venta callejera del diario ⁵, es el fundador de *La República* y muy vinculado al periodismo porteño. Y también es amigo de Gutiérrez, de donde puede deducirse cuál es la apertura que Peyret encuentra para sus escritos.

El medio en el que el francés se mueve es la colonia San José, Colón y la ciudad de Concepción del Uruguay. Esta última es la que puede ofrecerle posibilidades, aunque algo limitadas, para aquietar sus fervorosos entusiasmos por la lectura, dado que el Colegio, hoy histórico, que para el momento llevaba cerca de treinta años de vida, tenía ya una bien nutrida biblioteca porque desde su fundación hubo una gran preocupación porque así fuera ⁶. Aparte, funcionaba una biblioteca popular llamada *El Porvenir*, en cuya fundación en el año 1872 Peyret jugara un papel principalísimo. Esto último es la causa por la que la mencionada institución cultural es tema de la correspondencia en las preocupaciones de Peyret para que ella prosperara.

Sobre lo último anotado, a principios de julio de 1877 anuncia al amigo que hasta el momento no se había formalizado “la conferencia en favor de la biblioteca” y que aún no había recibido su escrito para leerlo en acto público. Y el último día de dicho mes le dice que le envía un ejemplar del periódico *La Voz del Pueblo* “que contiene su *Speack* sobre la biblioteca del Uruguay. Yo mismo lo leí y le aseguro que gustó mucho al público. La conferencia dio regular resultado y más de lo que se esperaba, quedando más de doscientos pesos bolivianos libres. Ahora nos faltan todavía quinientos pesos que buscaremos en otra parte”.

De acuerdo a lo transcrito, Gutiérrez escribía conferencias a instancias de Peyret que el dinámico extranjero leía en actos públicos con percepción de un derecho de entrada en favor de la biblioteca. En otras ocasiones era de su autoría el contenido de las conferencias, leídas previamente por Gutiérrez, o la serie de lecturas que organizó para salvar la situación de la institución cultural, aunque sin muchas esperanzas en esto último. “Ahora falta saber —decía— si las lecturas producirán algo más. Pero tengo poca fe. Estos países no están todavía para esas cosas. Debe transcurrir un medio siglo o al menos

⁵ Referencia en GIANELLO, PICCHIELLI y ROMAY, *Diccionario histórico argentino*, Buenos Aires, 1953, t. I, p. 582.

⁶ Es conocido el episodio de las tratativas a instancias de Urquiza para la compra de la biblioteca perteneciente a Pedro de Angelis, que se destinaria al Colegio Histórico.

un cuarto”, terminaba con un optimismo elogiabile, aunque lo de “estos países no están para esas cosas” es discutible si se tiene en cuenta el dato que él mismo suministra de la obtención de doscientos pesos en una conferencia, suma ésta considerable equivalente a seis o siete veces el sueldo de un empleado común.

Gutiérrez se convierte en el receptáculo no sólo de la inquietud intelectual de Peyret sino también en ocasiones de la que manifiestan algunos de los que rodean a este último en Concepción del Uruguay.

En párrafos de arriba se hacia referencia a las conferencias en la biblioteca, leídas previamente por el bardo; en otra oportunidad le remite un escrito de un “joven Martínez que no es el poeta que tuvo correspondencia con Ud.”; va en la misma carta, que es del 31 de julio de 1877, la noticia del pronto envío de poemas del norteamericano Longfellow comentados por un amigo común, y hasta envía un periódico de los estudiantes, que ellos redactan, con propaganda de ideas que seguramente él ha inculcado aunque, como afirma, “es propaganda de poco alcance”.

Vendrá luego en la misma carta el comentario de lo que lee. Es ello de lo más diverso, ya que va desde Virgilio, del que acaba de leer “el 12º libro de la Eneida” que le parece ahora magnífico ya que en la juventud el Colegio se lo había hecho aborrecer, hasta el libro de Vicente Fidel López sobre las razas, sin dejar de lado los temas de derecho, ya que ha leído de este último su introducción al derecho romano y se interesa por saber si ha continuado tal trabajo.

La lectura de la obra “sobre las razas” de Vicente Fidel López, que no es otra que *Les races aryennes du Pérou*, aparecida en París en 1871 y escrita en colaboración con Gastón Maspero, acucia su interés, lo que lo lleva a la consulta de otras fuentes, en el caso la del antropólogo y naturalista francés Quatrefages de Breau titulada *Unité de l'espèce humaine*. “He creído comprender que nuestro amigo --dice al referirse a López-- pretende que la civilización peruana había venido del Asia, por mar.” Y aquel autor francés, que en sus teorías difería de Darwin, hablaba de una colonia “chinesca” que estaba en Perú y con la cual “los chinoscos” venidos en estos últimos tiempos se entendían perfectamente, y además, que los habitantes de este país asiático navegaban el Pacífico y habían descubierto América mucho antes que los europeos, con la ayuda de la brújula y otros elementos científicos.

La obra de López había aparecido en 1871, como se ha dicho, la de Quatrefages en 1877 y de este mismo año es la carta de Peyret comentándola. Esta correlación se produce con muchas de las obras que comenta Peyret, aunque no tan exacta como la comentada, lo que se señala una vez más como el caso excepcional del hombre que sigue atentamente el movimiento intelectual y científico del siglo en sus diversas manifestaciones desde un apartado rincón americano, lo que le permite alternar con una personalidad de las calidades de Gutiérrez.

Pero no es sólo un incansable lector. También escribe sobre temas diversos, aunque los que agitan a su patria son a los que más dedica su atención, siempre con el conocimiento previo de Gutiérrez, quien en muchas ocasiones le insinúa el tema que podría interesar. En agosto de 1877 le habla de una serie de artículos nada menos que sobre el ultramontanismo y la república francesa. "Ya empecé a borrarlos pero no sé a quién enviarlos y tendré que dejarlos encarpados", le dice al amigo en una insinuación para que intervenga en la búsqueda de una fuente informativa. "Voy a ver sin embargo si convendría a *La República*", sigue, refiriéndose al periódico en el que ya había publicado muchas colaboraciones. Pensaba dedicárselos a Gutiérrez aunque duda de la conveniencia: "Tiene una gran capa de azufre, y sólo falta arrimarle un fosforito para que prenda fuego inmediatamente", termina en frase que hace suponer el enfoque alborotador de esta clase de temas que encaraba Peyret.

En octubre de 1877 aparecen en el periódico *El Nacional* artículos de Gutiérrez sobre Mazzini y a la vez propugnando un programa de desarrollo cultural. No tardan éstos en llegar a manos de Peyret. Escribe entonces al amigo diciéndole que ya era tiempo de hacer algo. "Ud. principalmente hará un gran servicio a su patria empezando la cruzada libertadora y será uno de sus mejores timbres de gloria ante la posteridad." De las ponderaciones, pasa al cotejo con los personajes de su preferencia y entonces agrega: "Más de una vez he pensado que Ud. podría ser el Voltaire argentino. No basta tener su talento literario eminente; es menester ponerlo al servicio de una idea renovadora. Así lo habían comprendido Voltaire y Diderot que sin duda alguna se preocupaban menos de la belleza estética de sus escritos que de su alcance filosófico".

El programa de Gutiérrez era amplio, al parecer. Había conseguido la colaboración de Miguel Cané, Vicente F. López y su hijo Lucio V.

y de Juan Carlos Gómez, entre otros. Ahora pedía la de Peyret y especialmente le decía que elaborara un programa para llevar adelante su idea, que el francés ampliaba a "nuestras ideas" cuando le contesta en noviembre de 1877 para proponer sus puntos de vista sobre el caso. Lo que quiere decir que había coincidencia ideológica en los enfoques que se pretendían dar al proyecto.

Los colaboradores seleccionados parecían muy buenos a Peyret, quien ya en sus propuestas opinaba que debían publicarse los principales trabajos ya elaborados "en el sentido de nuestras ideas".

No era partidario de editar un diario "que exige grandes gastos", sino un semanario, en el que se publicarían "trabajos mejor estudiados que los artículos de diarios" con los que los lectores podrían formar una colección. Los trabajos que aparecían en los diarios, aparte de improvisados, los calificaba de "fugitivos", y era necesario dar al público "un alimento más sustancial, algo que los obligue a pensar".

Eran indispensables las conferencias y las lecturas públicas, seguía en su programa, para lo que había que convertirse en apóstol. "Sin apóstoles no hubiese habido cristianismo, seamos pues apóstoles", decía, para seguir en lamentaciones sobre su carencia del don de la palabra como la "estentórea" de Larroque o de Gambetta. con lo que podría emprender una verdadera peregrinación como predicador. Pensaba en las lecturas, "pero eso no le gusta tanto al público", aunque recordaba que Quinet leía sus lecciones y el público salía satisfecho.

Proponía también entablar correspondencia con los representantes nada menos que de "todos los pueblos de la República", y a la vez preparar almanaques, sobre los que entraba en ciertos detalles. Creía que los había inventado Franklin; en Francia eran muy comunes, "hicimos muchos y siempre con éxito", decía, para agregar que en algún momento había sido llevado ante un *jury* "por uno que compuse en 1850, lo que me valió ser defendido por Michel de Bourges". Terminaba afirmando su convencimiento sobre las bondades de los almanaques como medio propagandístico, puesto que eran "un libro que se consulta a cada momento".

En resumen, proponía la publicación de trabajos, la creación de un semanario, la edición de un almanaque, conferencias y lecturas públicas, correspondencia con representantes de todos los pueblos y artículos en la prensa diaria. Para esto último creía contar con *La República*, *El Nacional*, *La Tribuna* y posiblemente con el *Pampa*, todos de la ciudad de Buenos Aires.

¿Cuál era el programa preparado por Gutiérrez para el que le pidiera opinión a Peyret? En la correspondencia que se está comentando no se lo aclara con exactitud, aunque de ciertas expresiones podría deducirse algo. “En el terreno del libre pensamiento todos estamos de acuerdo”, dice al referirse a la inconveniencia del tratamiento de temas políticos, ya que en esto podría discreparse. Al parecer no era solamente un programa cultural el que se quería poner en marcha. Lo de “libre pensamiento” presupone una posición en materia religiosa sobre la que mucho escribieron en sus cartas los dos personajes. En una anterior a la que se está comentando Peyret interroga a Gutiérrez acerca del proyecto de éste sobre “la secta antiultramontana”, sin aclarar exactamente si se refiere a un escrito o al programa que se está comentando y para el que Gutiérrez había formado un equipo de intelectuales. la *secta* de Peyret en un sentido algo irónico. Conviene recordar que el ultramontanismo fue un movimiento en favor de la Iglesia, que se opuso al excesivo regalismo que ésta practicara desde siglos atrás y, a la vez, favorable a los amplios poderes del Papa.

Gutiérrez estuvo de acuerdo con las propuestas de Peyret. “Me alegro que le haya agradado mi carta programa”, le dice éste en una de 28 de noviembre de 1877, “y me alegraré que merezca la aprobación del club liberal”, lo que quiere decir que se había formado el organismo del cual, por la adjetivación anotada y por las otras conjeturas, puede presumirse el objetivo o la tendencia que tendría. *Acuerdo entre librepensadores, secta antiultramontana y club liberal* son muy sugestivas expresiones como para definir una tendencia entre los que formaban la entidad.

Peyret seguía en la últimamente anotada: “Veo con mucha satisfacción la buena organización de esta sociedad que cuenta con buenos elementos para llevar adelante sus trabajos”, o sea aquellos personajes ya mencionados que, por lo visto, estaban consustanciados con el pensamiento de Gutiérrez. La sociedad esperaba emitir un manifiesto en el que explicaría sus fines, aunque algo ya había hecho con la publicación de un “panfleto de Voltaire” que provocara cierto disgusto —*déplaisir*, dice Peyret— en algún sector, confiaba además que en la provincia de Entre Ríos, dados sus antecedentes, el club contaría con muchos afiliados.

Adelantándose, Peyret comenzó a elaborar sus *Cartas*, como le llamara a la serie de artículos que, sobre un tema determinado, escribiera

en muchas oportunidades. Esta vez era sobre el ultramontanismo. Cuando llevaba la decimotercera de las cincuenta que pensaba escribir, suspendió el trabajo porque debió trasladarse a la Villa Colón para informarse de "los viles intereses materiales", aunque en la misma agregaba que sentía mucho "no haberme quedado chacarero y molinero".

Gutiérrez era el permanente asesor intelectual del francés. Sobre este asunto de las *Cartas* le había insinuado, para el mejor cumplimiento de los objetivos del club, su publicación en forma de libro, a lo que aquél decía que se conformaba "con todo lo que Ud. disponga con respecto a la impresión". Luego de una serie de citas algo jocosas e irónicas de Voltaire, Leibniz y Aristóteles, terminaba: "Haga lo que le parezca".

Pero la idea no le pareció mala. "Si tuviera la seguridad que la impresión tardará poco tiempo, podría costearme a Buenos Aires por algunos días en el próximo mes, y sin esperar la conclusión de la impresión podríamos hacer las correcciones, quiero decir las de los errores materiales, porque le dejaría el cuidado de enmendar los galicismos y los ataques demasiado directos al idioma de Cervantes", decía, al confiar en el amigo por su superioridad literaria. Ya entusiasmado ante el panorama que se le abría de futuras publicaciones, agregaba: "Yo estaría dispuesto a una guerrilla, a una campaña formal. En lugar de treinta cartas podría escribir 365, una por cada día del año, agregando la del bisiesto. Pero las preocupaciones materiales no me dan lugar por ahora".

La extensísima carta terminaba con una mención de Olegario V. Andrade. El poeta le había enviado su *Prometeo*, y "esto sería argumento para una porción de *Cartas*", decía al elogiar las condiciones del autor de *Nido de cóndores*.

A poco menos de un mes de esta última, el 26 de febrero de 1878, moría Gutiérrez. En el acto del enterratorio, habló Peyret. Se refirió entonces al contenido de la última carta comentada. "No hace un mes —dijo— que este amigo me llamó para arreglar la publicación de unas cartas que me había tomado la libertad de dirigirle para la prensa, considerándole como uno de los representantes más ilustres de las letras argentinas, y lo que vale más como uno de sus caracteres más puros, uno de sus corazones más generosos" ¹.

¹ ALEJO PEYRET, *Discursos*. Buenos Aires, 1907, p. 11.

Vivió Peyret en el deseo de escribir y publicar, o sea en la ansiedad del escritor de hacer conocer su pensamiento porque considera que con ello contribuiría a mejorar la condición del hombre.

Superó todos los inconvenientes, especialmente aquel de la búsqueda de editor, o sea lo que ha puesto fin a tantas inquietudes superiores. No se abatió, pese a que en ciertos momentos se mostró desazonado. Sobre el conocido texto de historia contemporánea ya comentado que viera la luz recién en 1893, decía dieciséis años antes que ya estaba terminado y que sólo le faltaba el capítulo sobre ciencias, artes y letras en el siglo XIX. Le restaba ir a Buenos Aires para la consulta del Anuario de la *Revue des Deux Mondes*, pero decía al amigo que quería cierta seguridad antes de enfrentar el gasto de la impresión. "Y si no dejaré mi recopilación en un rincón", dice, ya algo descorazonado, aunque sigue con cierto humor: "Para componerlas hice un poco lo del abate Trubbot, tomé de todas partes añadiendo alguno que otro juicio", para seguir con citas de César Cantú, Herbert Spencer, Alberdi, Darwin y de Augusto Comte, "aunque discrepando con él en muchos puntos", anota finalmente al referirse a este último.

En otra oportunidad, en carta de noviembre de 1877, decía al amigo que no extrañaba lo que le habían contestado "los libreros, porque el país no es para libreros ni el tiempo tampoco. Es mejor ocuparse de acopiar frutos del país o de vender caña en el mostrador que borronear papel", agregaba con cierto disgusto, para seguir en el mismo estado de ánimo: "Siento no haberme quedado colono y molinero. Echo de ver diariamente que eso era lo mejor que podía haber hecho".

Los temas históricos fueron tratados con bastante asiduidad en la correspondencia de Peyret y Gutiérrez. Los dos cultivaron la disciplina y dejaron buen testimonio de ello en obras de importancia. En algún momento, a raíz de la lectura de alguna obra especializada, Peyret se interesa en un proceso histórico y desea profundizar, cotejar y llegar a la verdad ante lo insatisfecho que lo ha dejado la obra consultada. Así le ocurre por ejemplo cuando quiere "tener una idea definitiva de la historia romana" porque está leyendo a Mommsen, "historiador ladino que usted debe conocer", le dice a Gutiérrez en julio de 1876, y pretende cotejarlo con Fustel de Coulanges para aquel objetivo de "la idea definitiva".

Los romanos no le resultan muy simpáticos: "Era un pueblo de usureros y salteadores", dice, y al suponer que Gutiérrez replicaría en favor aduciendo que dieron el derecho y que educaron a los pueblos

europcos, argumenta que fueron “los verdugos de nuestra infancia, los señores de palmeta haciendo entrar la letra con sangre” y, además, que azotaron a los antiguos con las hordas de sus lictores. Juicios que denotan por lo visto algo mucho más negativo que falta de simpatía.

Al apasionarse con el tema entabla un verdadero diálogo en el pro y en el contra de lo que está tratando. Al seguir con los romanos, él mismo opone las objeciones a aquello negativo, para el caso de que lo que ocurrió no podía ser de otra manera. “Vico —sigue— asegura que la sociedad se constituye por la acción de las pasiones” y que los romanos no hubieran dado un paso adelante “sin la ferocidad, sin la guerra, sin la avaricia, es decir sin la riqueza, sin la ambición, el gran móvil de los hombres”. Con esto último se los justificaría, según su opinión, aunque enseguida se interroga sobre la causa por la que todavía se los admira.

“Ese Mommsen —sigue algo despectivamente— es un panegirista *quand même* [a pesar de ello] de César, del *imperium unum*, de la dictadura, de la suma del poder público, profesor de derecho romano en Berlín y también adulator pensionado de Napoleón III, a quien suministró los datos para su historia de César.”

Todavía un mes después sigue con el tema. Seguramente Gutiérrez le ha hecho algún comentario u observación a sus largas disquisiciones, lo que le permite continuar en su carta del 13 de agosto. “Estoy siempre metido hasta el pescuezo en la historia de Roma”, dice, para seguir en la carga contra Mommsen. “Es mi baqueano por ahora”, afirma al referirse al famoso historiador de la Ciudad Eterna, premio Nobel en el año 1901. “Es un cesarista acérrimo que dice que Catón era un Sancho Panza, y hace mérito a César de toda la civilización occidental moderna. Pero me parece que César, si resucitase se admiraría de leer todos los pensamientos que le atribuye su historiador alemán”, termina, siempre en la crítica mordaz al historiador y al motivo de su historia, para la que pudo haber obrado aquel juzgamiento de *adulator pensionado de Napoleón III* que le espetó sin ningún miramiento.

El tema de la emancipación americana no estuvo ausente en la correspondencia de Peyret, aunque naturalmente vinculándolo con episodios del pasado de Francia. Decía que un español le aseguraba que Napoleón había hecho un gran servicio a la humanidad porque había emancipado la América española. Puede presumirse que la idea no era de un español sino de él mismo, y tal vez de muchos franceses al considerar que los movimientos de liberación americanos empiezan

cuando toda España sucumbía ante el poder de los franceses, aunque olvidan que esto fue circunstancial en lo referente a la emancipación americana y que ya la revolución y la independencia estaban en el ánimo de muchos. "No lo pensaba Napoleón —dice sobre aquello de la emancipación— cuando envió a M. de Chastenay a Montevideo para hacer reconocer la autoridad de su hermano José." Con lo que está demostrando que conocía detalles de nuestro proceso previo a 1810, ya que el dato que aporta se refiere efectivamente a la misión que se le encomendara al marqués de Sassenay en el año 1808 ante las autoridades del virreinato del Plata con asiento en Buenos Aires para que se reconociera el cambio de dinastía que se había operado en España con las abdicaciones de Carlos IV y de su hijo Fernando VII en favor de los Bonaparte, ocurrido en la famosa reunión de Bayona.

"Tengo la cabeza llena de historia", dice en una carta del 11 de noviembre de 1876, y sigue: "Actualmente estoy leyendo la del segundo imperio por Basile Delard. Resulta que la emperatriz empujada por el partido clerical fue la que determinó la guerra franco-prusiana. Era española cortesana, causó las desgracias de Francia e hizo retroceder tal vez la libertad europea en medio siglo resucitando las ideas nacionales que iban extinguiéndose". Otra vez asoma el nacionalismo francés: una extranjera, en el caso la emperatriz Eugenia, esposa de Napoleón III, es la causante de las desgracias de Francia en su derrota de 1870 ante Alemania.

El fuerte de Peyret, es indudable, estriba en los autores franceses. Para los momentos de su correspondencia con Gutiérrez llevaba unos veinte años de presencia en el Río de la Plata. Pese a ello seguía en todos sus movimientos el desarrollo intelectual de su país. Véanse la serie de ejemplos que vienen al caso. En carta del 13 de agosto de 1876 decía que iba a releer a Montesquieu, aunque "desde éste —agregaba— se han hecho muchos descubrimientos y tenemos la experiencia de las revoluciones modernas que él no podía tener, cuyas analogías han arrojado una gran luz en el pasado". Y empezaba entonces la cita y el juicio sobre diversos autores. "*La cité antique* de Fustel de Coulanges es por ejemplo un muy buen estudio", opinaba sobre la obra del conocido historiador francés cuya producción intelectual fue totalmente realizada después de la salida de Peyret de Francia. Y sigue en el comentario: "Exceptuando a Proudhon, me parece que ningún escritor del siglo XIX tiene la audacia de Condorcet"; a otro lo califica como escritor de *juste milieu* (justo en medio), para continuar con Michelet, Lammenais, Quinet y otros y terminar arreciando nue-

vamente con los títulos de académicos: “todos son escritores académicos o que desean serlo. Usted hizo muy bien *envoyer au diablo* [echar al diablo] a la academia española. ¿Qué diablos significa una academia?” Con ello se está refiriendo por segunda vez al rechazo del diploma que le extendiera a Gutiérrez la academia de la lengua española.

Entre tanta inquietud que manifiestan las cartas de Peyret asoma en algún momento el deseo de traducir al francés la obra del historiador chileno Diego Barros Arana, autor de varias referentes a su patria y además vinculado como su padre al suelo argentino, en el que estuvo desterrado en el año 1858. De aquí, y también en razón de su labor de historiador, la relación que estableció con muchas personalidades argentinas y americanas, entre ellas con Juan María Gutiérrez. Intimó con todas y polemizó con muchas, siempre en la alternativa de cuál era la verdad de los hechos del pasado.

En agosto de 1876 dice Peyret al amigo que escribía al doctor Martín Ruiz Moreno “para que le cobre a Ud. el libro de Barros Arana y me lo haga pasar por una vía segura”. Al parecer el historiador chileno le había obsequiado la obra, ya que le pide a Gutiérrez “le dé las gracias en mi nombre al autor”. Se trataba de la muy conocida *Historia de América*, de tanta difusión y uso por muchas generaciones de todo el continente, todavía utilizada, como que en el año 1960 se hizo en Buenos Aires una nueva edición por parte de la editorial *Futuro*, con introducción y notas de Alvaro Yunque. “He notado —dice Peyret al referirse a la parte de la Argentina— que se detiene en la proclamación de la independencia, es decir en 1816. ¿No piensa él prolongar después su narración?”, interroga a Gutiérrez sabiéndolo amigo del incansable historiador que hurgó en muchos archivos americanos, y aun en los europeos, como fuentes para la elaboración de su abundante producción.

Para principios de setiembre Peyret ha recibido el libro “y ya nos hemos puesto *à l'oeuvre*”, dice en tales momentos. El trabajo lo efectuaba con un profesor del colegio “con más tiempo que yo, que no tiene necesidad de estudiar todas las historias del mundo como yo”, en un obligado “peregrinar” ante las distintas cátedras que llevaba en dicho establecimiento.

Pero, para concretar el trabajo el escritor necesita del editor y es aquí donde nuevamente Peyret tenía sus dudas. “Trataría de saber si se puede contar con la seguridad de tener un editor, sea Hachette,

sea otro, porque el trabajo es bastante largo”, dice al amigo, quizá como en busca de su apoyo, ya que conoce las muchas relaciones que él tiene y sabe de sus mayores posibilidades para la consecución de lo que desea. Y sigue: “Voy a escribir a Mr. Barbier, que debe tener relación con editores. No sé si el señor Barros Arana las tiene igualmente en Francia, en este caso sus recomendaciones nos podrían ser útiles. Si lo ve otra vez, como no lo dudo, tenga Ud. la bondad de preguntárselo”.

Buscaba editores en Francia, de acuerdo a lo último, para su traducción de la tan divulgada obra del historiador chileno. No lo alcanzó a concretar, por lo menos no se la conoce ni tampoco la mencionan los que se han referido a la vida del intelectual francés.

No sucedió así con su texto de historia contemporánea, de cuyo proceso de elaboración dio tanta cuenta a Gutiérrez en sus extensas y sustanciosas cartas. Las muchas ocupaciones —tareas rurales y también docentes entre ellas, y en algún momento “la invasión de López Jordán”— no le permiten intensificar el quehacer que prefiere, hasta que al fin, como dice en una carta del 22 de diciembre de 1876, “me puse a trabajar mi proyectado compendio pensando llevarlo a cabo en estos días, pero será mejor no me apure tanto”. Lo que estaría significando que Gutiérrez lo apremiaba para que diera término al trabajo. Contaba en la misma que el libro tendría trescientas páginas “más o menos, de cuarenta líneas también más o menos, de 40 a 45 letras también más o menos cada una. Usted ve que todo va por 40”, decía jocosamente para terminar con no menos humor: “Será sin saberlo, algún número fatídico, pitagórico”.

Gutiérrez participaba en todas las alternativas y dificultades que se le presentaban al amigo en su producción intelectual. Siguiendo en el caso del compendio de historia contemporánea, se dirá que el problema estribaba en el editor, y en una derivación en las utilidades para el autor. Peyret lo comentaba en su correspondencia como en la búsqueda de soluciones. Un impresor le ofrecía el negocio a medias. Buenas épocas aquéllas para los que producían con el pensamiento de acuerdo a este generoso ofrecimiento. Esto le convenía, decía Peyret, en especial para la corrección de las pruebas, pero “como necesito pagar *mes dettes* [mis deudas] preferiría una cantidad determinada una vez y ceder la propiedad del libro a un editor. No sé si esto se practica en esta parte del globo terráqueo”.

Su texto correría con una cierta seguridad en cuanto al interés del público, ya que se le había prometido “hacerlo adoptar por los colegios”. No había texto de historia contemporánea europea; “hay en francés un libro de un Mr. Ducourdray al uso de Francia o mejor dicho de Napolcón III del cual me serví para los hechos solamente”. Se está refiriendo a la obra de Gustavo Ducoubray, *La historia contemporánea*. Menciona a la vez otra en castellano “de un Sr. Weberg, confuso, inextricable como la mayor parte de los libros alemanes que se parecen, no sé por qué, al laberinto de Creta”. La mencionada es la obra de Jorge Weberg, historiador alemán de Heidelberg, ubicado entre los más conocidos del momento, autor de un *Compendio de historia universal* y de una *Historia contemporánea*, entre otras, de las que se serviría el francés para la suya. Fue contemporáneo de Peyret, lo que se destaca una vez más porque ello manifiesta la actualización en la que éste se encontraba en materia bibliográfica. La gran mayoría de los autores que menciona en sus cartas pertenecen a la segunda mitad del siglo pasado. Peyret no era de los que sólo conocen el título. En el intercambio epistolar con el gran bibliófilo que fue Gutiérrez asoma el conocimiento del contenido, ya en ponderaciones o en crítica. Por otra parte, sólo el hecho de esta alternativa del intercambio de opiniones sobre libros con un intelectual de la calidad del bardo argentino, demuestra no solamente el conocimiento de lo que leía sino también la profundidad de su inteligencia.

“No sé si existen otros”, seguía en el comentario de lo conocido en el país que pudiera servir a lo que se encontraba abocado, o sea una historia europea contemporánea. “De manera que como dicen los prospectos —seguía— la necesidad del mío se *fait généralement sentir*”, dice con cierta suficiencia, para seguir: “Hágame pues el favor de hablar con algún bibliopola, *a de lui proposer la botte*” (para proponerle el montón, dice en sentido figurado, refiriéndose al caudal de los originales). Y ya en relación con aquellas y a otras fuentes mencionadas agrega que como todas esas obras de historia “han sido escritas por monarquistas, aristócratas y clericales para Europa, habría suma necesidad de rehacerlas todas, y yo me animaría a ello pero falta saber si *le jeu en vaudrait la chandelle*” (si valdría la pena).

Como última acotación sobre la historia contemporánea de Peyret, se dirá que de acuerdo a lo anotado la escribió en el año 1876; su *Prefacio* está fechado en Buenos Aires en 1884; la edición de Félix Lajouane es de 1893, y por último, que forma parte de una colección de textos arreglados al plan de estudios de los colegios nacionales de

la República Argentina, como dice en su portada. A fines de 1876 buscaba editor; lo consiguió diecisiete años después. Es que cuando ocurrió esto último habían transcurrido quince desde la desaparición de su mentor, con lo que quiere insinuarse que la gran demora pudo abreviarse sin el suceso nefasto de la desaparición de Gutiérrez.

Los temas referentes a educación no podían faltar en la correspondencia tan asidua que mantuvieron los dos eminentes hombres. Ambos fueron docentes, título bastante como para que en el contacto epistolar, que abarcó tantos terrenos, la educación y sus derivaciones constituyeran un motivo de permanente inquietud que trataron en varias de sus manifestaciones.

Gutiérrez tuvo experiencia en el ciclo de nivel terciario, siendo conocida en tal sentido su actuación en la Universidad de Buenos Aires en calidad de rector desde el año 1862; Peyret, por su parte, fue docente en el nivel medio o secundario y alternó además en la cátedra universitaria, actividad esta última favorecida precisamente por el amigo. Estaban capacitados por lo mismo para opinar y exponer sobre las tantas alternativas que ofrece la materia educativa, asomando a través de esas opiniones una definida posición ya en el aspecto filosófico como en el político o religioso. Si a dicha experiencia se le agrega la calidad intelectual de ambos, acrecentada con el estudio permanente de las diversas manifestaciones del intelecto europeo y americano, se tendrán reales elementos de juicio como para dar validez a las tantas opiniones que emitieran en su correspondencia.

Pero no sólo fueron reflexiones sobre los altos niveles de la enseñanza los preocupantes. En carta de 30 de abril de 1870 Peyret se refería a la importancia que revestía la enseñanza en los primeros años, o sea en la niñez, ante la secuela imborrable que ella dejaba. El comentario le servía de paso para extractar consecuencias negativas a la tendencia generalizada en favor de la escuela de los jesuitas, preferida en el momento ante la creencia de que era la que mejor instruía y formaba en aquella edad. Se interrogaba al respecto: "¿No son las primeras impresiones las más duraderas? ¿No son los primeros principios inculcados los que se borran más difícilmente?" Hasta aquí planteamientos de orden general, sin atisbo de partidismo dogmático, lo que sí asoma en lo que sigue: "¿Cómo llegará uno a ser filósofo racionalista después de haber pasado por la mano de los jesuitas? Se cita a Voltaire, pero todos no son Voltaire para emanciparse y todos no tienen el tiempo ni los medios de rehacer su educación intelectual".

Con lo que está mostrando su preferencia por la filosofía racionalista, ideal muy de época, asentada en la insuperabilidad de la razón, una de cuyas ramas, aquella que tocaba en materia religiosa, no admitía ciertos fundamentos del dogma.

“Que el pueblo aprenda a razonar, a filosofar”, decía al respecto, considerando que con tal recurso se combatirían ciertos principios de la Iglesia que consideraba vulnerables. Se conseguiría aquello de aprender a razonar y filosofar escribiendo para las masas y no para las clases distinguidas de la sociedad; “así se democratizará la ciencia”, terminaba en otra de enero de 1871.

Ya en aquello de ilustrar a la mayoría, agregaba en la última mencionada que “si los diez millones de electores de Francia supiesen leer y escribir se cambiaría la faz del mundo”, con lo que daba una significativa importancia a la educación popular, aunque con una derivación, aquella de cambiar al mundo con la sabiduría francesa. No podía con su genio en esto de la exaltación del individualismo de los de su tierra, sin ningún cambio pese a los casi veinte años de presencia en tierras americanas. O tal vez la ausencia acendró el común sentimiento de superioridad, no sería difícil que ante el cotejo con una realidad de América que para entonces distaba desfavorablemente de la europea. En ningún momento perdió de vista las ocurrencias de su patria. Recibía diarios de París y se los remitía a Gutiérrez, en alguna oportunidad con ejemplares que contenían artículos sobre educación, insinuando la conveniencia y la utilidad que prestarían si, traducidos, se publicaban en el periódico *La República*.

Sus ideas en cuanto a la enseñanza en el nivel secundario fueron expresadas en reiteradas ocasiones, mostrándose en este aspecto partidario de una enseñanza práctica. En marzo de 1876 se refería a las preocupaciones intelectuales a las que se les daba preferencia con un total descuido de lo material, y decía entonces que “la educación que nos dieron es muy deficiente, porque no nos enseñaron un oficio manual para ganarnos la vida”. Para demostrar lo compatible del desarrollo del intelecto y de las habilidades manuales, traía como referencia el caso del filósofo holandés Benito Espinosa que pulía cristales, y el de Franklin en sus habilidades como tipógrafo. “Con cuatro horas de trabajo diario —seguía— el hombre podría ganar su subsistencia y el resto del tiempo lo dedicaría al estudio. Este debe ser el ideal de la sociedad democrática”, terminaba con un promisorio optimismo, le-

jos de una realidad futura si se piensa en la actual, o sea cien años después, en la que no bastan diez o doce horas de trabajo para una subsistencia con cierto decoro.

Tres meses después insistía en sus ideas sobre lo que consideraba enseñanza libresca teórica. “Etoy pensando siempre —decía— en la necesidad de reformar la enseñanza. Me da lástima cuando veo a esos muchachos que vienen al colegio y que indudablemente se convertirán en doctores, en politiquistas, en oficinistas, etc.” Y ya en sugerencias a Gutiérrez ante su posición y ascendiente en el terreno de la educación, seguía: “Si Ud., continuando sus trabajos, pudiese conseguir ese gran *desideratum*, la reforma de la enseñanza haría un servicio inmenso al país y a la humanidad”, para terminar ya algo exaltado: “¿Qué diablos puede ser una nación de retóricos, de metafísicos y si seguimos, de científicos, que no tienen más que la teoría? Estoy convertido en un Jeremías. Los tiempos de la democracia se alejan indefinidamente”, terminaba en un vuelco del tema de la educación al de un decepcionante panorama político.

Sus arremetidas en contra de los sistemas educacionales en el nivel secundario son continuadas. Acomete contra ellos, relaciona su situación personal por sentirse víctima de una educación incompleta, y propone reformas. Gutiérrez escucha y también opina. “Estar en el Colegio —dice Peyret en octubre de 1876 refiriéndose al Histórico de Concepción del Uruguay— es perder el tiempo, allí no se puede hacer nada bueno.” Y ya en innovaciones y propuestas, sigue: “Si yo fuera el gobierno nacional suprimiría todos los colegios, para convertirlos en escuelas de artes y oficios. Esos colegios no pueden dar sino malos resultados para el país y para la humanidad, y sobre todo para los mismos educandos”, para terminar, ya en exageradas definiciones sociales revolucionarias: “Allí se crea artificialmente una aristocracia de mandarines, de gusanos roedores, de explotadores sociales, de parásitos, de tartufos políticos”.

Los embates de Peyret arrecian. Conoce el sistema, porque lo está ejercitando desde muchos años atrás. Para colmo, los levantamientos jordanistas alteran totalmente el panorama general en la provincia de Entre Ríos, particularmente en Concepción del Uruguay. En el aspecto educativo el trastorno se manifiesta en la suspensión de las tareas escolares. Ya el primer levantamiento, el de 1870, provocó nada menos que la postergación de la apertura de la que hubiera sido la primera escuela normal del país. El de 1873, el cierre de la misma,

recién inaugurada, aunque la empeñosa voluntad de su directora permitió la continuidad con recursos precarios. Ahora, en los fines de 1876, la alarma de una nueva invasión provoca el apresuramiento del término del año lectivo, y se lo tiene a Peyret nuevamente en el tema que sabe interesa al amigo. Nuevamente son "los colegios nacionales sarmentescos" los que reciben su crítica dura. Le producen "l'effet d'une grande mystification nationale" dice, y agrega que resultan muy costosos para los resultados que reportan, no del todo malos pero sí muy incompletos. E insiste de inmediato en aquello de la enseñanza práctica, en mordaces apreciaciones sobre su ineficacia: "No servirán más que para formar habladores, charlatanes, ociosos y politiqueros", como dice en un francés algo adaptado.

En otra oportunidad será a los programas de historia a los que dirigirá sus dardos. Es en abril de 1876 cuando al hacerse cargo de una cátedra de tal asignatura, escribe al amigo calificando despectivamente a los programas de los colegios nacionales, con algunas críticas mordaces, como la que formula porque ellos comienzan con la historia sagrada, sobre lo que comenta: "Y después dicen que progresamos".

Debe enseñar historia argentina "sin saberla" como le comenta a Gutiérrez, por lo que le pide asesoramiento bibliográfico. Conoce el *Catecismo* del amigo, la historia de Domínguez que había aparecido en 1862, y sabe de la existencia de las obras de Estrada. Los textos "de aquí", se queja al referirse a los que se encuentran en las dos bibliotecas de Concepción del Uruguay, ya sobre historia en general, "son los de un clérigo y de Duruy que es un cesarista", por lo que trataría de hacer adeptos a otros autores, entre ellos a Prevost, pese a calificarlo como muy compendiado.

En otra oportunidad será la enseñanza de los idiomas extranjeros lo que provocará su crítica. Se quejaba de lo poco leído de los libros en francés existentes en las bibliotecas de la ciudad ante la ignorancia del idioma, circunstancia que aprovechaba para la crítica. "En los colegios nacionales no aprenden nada o muy poco", decía en agosto de 1877, y los alumnos de quinto año, seguía opinando, no tenían capacidad de leer a los autores franceses. "Los cursos de idioma se suprimen después del tercer año —continuaba— y como hasta entonces son puros niños, no saben nada." Para terminar en la ya anotada dura crítica a la inoperancia de la enseñanza secundaria: "Es plata

tirada al río —decía al referirse a la que se gastaba en ella—, fábrica de charlatanes, de embrollones y de parásitos sociales que hacen gastar dinero a las familias y perjudican enseguida a la Nación”.

Su prédica no se circunscribió a la particular y privada con Gutiérrez ya que en determinado momento, en octubre de 1877, escribía artículos en *La República* sobre la gran necesidad de modificar los sistemas de enseñanza. No dejaba de mencionar en ellos a Rabelais, Rousseau y Espinosa y, como siempre, pedía al amigo su mediación para que se difundieran en otros periódicos.

En definitiva, como falla fundamental de la enseñanza secundaria observó que ella era el intelectualismo exagerado, puntualizando que su corrección consistía en la implementación con una enseñanza práctica de oficios. En una nueva cita de tal posición se menciona lo que decía a Gutiérrez el 21 de octubre de 1876: “Estoy envidiando siempre el destino de los carpinteros, de los herreros, de los mecánicos”. Relataba entonces que en el año 1865 un ministro de Francia trató de generalizar la enseñanza industrial, “pero los amigos del pasado no la permitieron y Napoleón no lo sostuvo. Fue una gran desgracia para mi patria y tal vez para el mundo entero desde que el impulso viene casi siempre de allí”, agrega en una nueva manifestación de la ya tan comentada jactanciosa modalidad francesa, para terminar: “Yo estoy pensando constantemente en esa cuestión hasta convertirme en un nuevo Catón, delenda Cartago”.

Alejo Peyret, como se ha repetido, estuvo durante muchos años vinculado muy estrechamente a todas las alternativas de la inmigración, ya que dirigió desde sus comienzos una de las primeras colonias agrícolas del país con inmigrantes extranjeros. Actuó por lo mismo sin el conocimiento que proporciona la experiencia, por lo que debió improvisar y resolver infinidad de problemas e imprevistos ocasionados por el trasplante de un conglomerado humano a un medio totalmente distinto. Aparte de los casi veinte años en tal función, practicó otras actividades vinculadas con lo mismo, como las tareas que cumple en calidad de inspector de inmigración, de las que surgiría su conocida obra *Una visita a las colonias argentinas*, aparecida en el año 1888.

Los antecedentes mencionados se los ha traído a relación para señalar el contraste que ellos ofrecen con la escasa mención de aspectos relacionados con la inmigración que se nota en la copiosa correspondencia que mantiene con Gutiérrez, pese a que la afluencia del extranjero era un asunto que mucho interesaba para el momento. Qui-

zá no fuera así para el poeta argentino, lo que explicaría que Peyret, en un rasgo de delicadeza, no abusara del tema. Con todo, asoman en algunas cartas ciertas inquietudes compartidas ya en frecuentación personal, como las que tratan sobre las perspectivas de colonización a lo largo de la línea ferroviaria de Rosario a Córdoba, que para el año 1869 estaba al terminarse, y para lo que la empresa ofrecía ventajosas condiciones.

Desde Europa interrogaban a Peyret sobre las posibilidades en aquel sentido y éste a su vez a Gutiérrez en cuanto a las que ofrecía la colonización en las vecindades de Fraile Muerto. El interés primordial del europeo era conocer las seguridades que se ofrecían ante el peligro del aborigen. "Desean saber particularmente —decía Peyret— si los colonos no estarán expuestos a las correrías de los indios, es el temor que tienen."

En otra ocasión, es una innovación total sobre los elementos de trabajo —un arado a vapor nada menos— lo que provoca la preocupación de Peyret, que se la trasmite al amigo en interrogantes en los que quizá Gutiérrez está totalmente ajeno. Pregunta por los resultados, que seguramente no fueron satisfactorios a juzgar por su falta de aplicación en nuestro suelo; por el precio y el consumo y "sobre todo si las utilidades compensan los gastos".

En una de agosto de 1872 en la que ha abundado en temas literarios, en las bondades y en críticas de obras y de autores, termina contando al amigo las novedades de la colonia que tiene a su cargo, entre ellas la ampliación en cuatro leguas, "de manera que será entonces la más importante de la República porque tendrá más de diez leguas de extensión". Le cuenta además lo que califica de "gran dificultad", aquello de "hacer venir a las familias". "Hay muchas allí —sigue, entendiéndose que se refiere a Buenos Aires— que no vienen porque no pueden realizar sus bienes" y además porque el gobierno no costeaba los gastos de pasaje. Está haciendo mención a una de las derivaciones negativas del proceso inmigratorio argentino, como fue la de la concentración de los inmigrantes extranjeros en las ciudades, especialmente en Buenos Aires.

Para 1876 tenía elaborado un proyecto de colonización de gran envergadura. Era para la provincia de Entre Ríos y consistía en el establecimiento de colonias agrícolas a lo largo de los dos grandes ríos, las que al ampliarse hacia el interior en el transcurso del tiempo cubrirían todo el territorio de la provincia. "Me parece difícil llevarlo a cabo

con tantos contratiempos financieros”, decía al amigo en mayo de aquel año, en lo que no estuvo equivocado ya que el proyecto quedó tan sólo en eso, en intención.

Las situaciones políticas y sociales de Francia y la Argentina fueron temas permanentes en la correspondencia que mantuvieron Peyret y Gutiérrez. Lamentablemente, se posee sólo la del primero; de ella se deduce mucho la del otro interlocutor. Pese a tal deficiencia —aquella de poseer tan sólo la de una de las partes—, el contenido de las cartas de Peyret permite inferir una comunidad en la manera de pensar. No hay en ellas tono polemizador; por el contrario, asoma en todas un trato cordialísimo, a veces irónico o bromista y siempre en una reconocida estimación de los valores del destinatario. En muchas asoma algún contenido de las contestaciones de Gutiérrez, las que fueron tantas como las de Peyret, lo que permite conjeturar aquella suposición de asociación de ideas.

Peyret no perdía de vista a su Francia nativa. En diciembre de 1869 decía que los pueblos europeos, con el francés a la cabeza, o sea lo de siempre en esto de sobrevalorar a los de su nacionalidad, harían la gran revolución del siglo en los aspectos filosóficos, políticos y económicos “a pesar de la corrupción de las ideas, la opresión de los gobiernos y la acción destructora de las preocupaciones porque la fuerza de las cosas tiene que llevar a los pueblos adelante”. Pero la transformación no era sólo para Europa ya que “cuando vuelva el huracán revolucionario ha de pacificar el cielo de todas las miasmas que corrompen el aire, y su soplo, después de haber recorrido toda Europa llegará otra vez a América como a principios de siglo”, o sea también la insistencia en aquello de la influencia francesa en los procesos emancipadores americanos.

En otra de enero de 1871 se refería a la pérdida de las libertades por los europeos y que los americanos debían prestar su ayuda. Se lamenta entonces de que los Estados Unidos prosigan la política marítima y comercial de Inglaterra con olvido de los principios y entonces, como en invocación, interroga: “¿Será posible que la patria de Washington haya caído ya en el abismo del mercantilismo, y de democrática se hubiese convertido en plutocrática? Entonces sería preciso vestir luto por mucho tiempo”.

Es de recordar que en el momento se veía a los Estados Unidos de Norteamérica como el ideal de la democracia y esperanza de los pueblos americanos. De aquí el desaliento de los dos amigos ante el

rumbo que iba tomando el país del norte en lo que se refiere al camino del imperialismo, transitado ya por Inglaterra, y al gobierno plutócrata como consecuencia.

Sobre ciertas derivaciones del imperialismo inglés, Peyret se expedía en términos lapidarios. Las descripciones que había leído sobre la miseria inglesa lo hacían “estremecer de horror”. No comprendía cómo una constitución “que da tanto lugar a la libertad política cobije al mismo tiempo tantas monstruosidades sociales”. Quizá se está refiriendo a la explotación del trabajo, común para entonces, en lo que se incluía a los bajos salarios, el excesivo tiempo de labor que llegaba hasta quince o dieciséis horas diarias y el trabajo de la mujer y del menor entre otras.

“La Gran Bretaña tenía su prosperidad basada en la explotación del mundo entero”, seguía en la misma de julio de 1872. Traía el ejemplo de un duque con renta fabulosa “mientras medio millón moría de hambre como ocurrió en 1846”. “La economía política inglesa —seguía en otra parte— no encontró otro camino para aliviar tanta miseria que decretar un día de ayuno nacional. Para mí la Inglaterra se informa de Malthus. Hablo de la vieja; ahora no sé cómo será la que se nos anuncia que se está formando al impulso de las ideas democráticas.”

Aunque con gran parte de exactitud, es posible que las aseveraciones de Peyret estuvieran inspiradas por el tradicional antagonismo de ingleses y franceses que llevaba siglos, agudizado en los comienzos del que vivió aquél ante la convulsiva etapa napoleónica en la que, como es tan conocido, hubo un gigantesco enfrentamiento entre ambos países, con el triunfo final de Inglaterra.

Sumamente interesantes resultan las apreciaciones que hace Peyret en una carta del 15 de marzo de 1876 sobre el proceso histórico de Francia en cuanto a fórmulas de gobierno, monarquía y república, y en lo referente a la influencia del imperialismo romano en las más diversas manifestaciones de la vida política y social de Francia. Es también de interés destacar las preocupaciones de estos dos hombres por las alternativas de todo género que agitaban a Francia o por aquellas que la caracterizaban, fueran del momento o de un pasado muy conocido por ambos, desprendiéndose totalmente de situaciones personales que en el común es lo que más asoma en un epistolario.

Gutiérrez había tenido expresiones favorables a “la planificación” de la república de Francia, lo que daba lugar a Peyret para explayarse. “Desde que rodó la cabeza de Luis XVI —decía, en la mencionada

de 1876— no se ha podido restablecer realmente la monarquía. No hemos tenido sino jefes revolucionarios, dictadores que ni siquiera fueron vitalicios, lejos de poder transmitir la corona a sus hijos. Ha desaparecido la esencia de la reyecía. Pero desgraciadamente subsiste la monarquía en las instituciones, en la centralización, en el unitarismo, en la organización política y social.” Y viene entonces aquello de la influencia romana: “El genio de Roma, el bizantinismo nos persigue; hace dos mil años que las Galias fueron conquistadas por César y hasta ahora no han conseguido hacer pedazos la cadena que les puso el *imperator*. La república conservadora no será sino la ausencia de monarca.”

Lo de Francia le da lugar para tratar sobre la vecina España que consiguió, según él, “echar a los carlistas”, lo que considera pequeña conquista pero conquista al fin. “Es probable que se regenere ella también —dice— aunque la cosa sea larga, pero qué son los siglos en la vida de la humanidad.” En sus a veces manifestaciones anti-españolas, Gutiérrez le había expresado sus quejas y lamentos por la ascendencia hispana que corría por sus venas. Se recuerda al respecto que esta consideración ya la habían escuchado en Perú más de cien años antes dos hombres de ciencia españoles en misión secreta en América, Jorge Juan y Antonio Ulloa. Decían éstos, en 1740, que muchos mestizos afirmaban que si pudieran se extraerían de sus venas toda la sangre española para que por ellas corriera sólo la indígena.

Poco después, en abril de 1876, se mostraba algo optimista con respecto a Francia: “Creo que irá adelante”, decía, y ya en noviembre del siguiente año parecía, según él, “que en Francia la República sigue adelante, el clericalismo ha sido derrotado muy canónicamente a pesar de toda la presión administrativa”, para seguir en diciembre de 1877 calificando como de “buenas noticias” las que recibía de su patria. “Parece que Mac Mahon tuvo que aflojar”, decía al referirse al entonces presidente de Francia de tendencia conservadora; “se enredó en las lanas del carnero y fue cogido por el pastor”, para seguir en un cotejo entre la situación de Francia en 1851 que desembocó en el segundo imperio, con la del momento, año 1877, con los intentos monarquistas de aquel mandatario. Lo hacía con el propósito de demostrar las diferencias fundamentales que existían entre ambos instantes enumerando los factores que hicieron posible el golpe de estado de 1851 que, para el momento, no tenían ninguna influencia. Luis Bonaparte se llamaba Napoleón, decía Peyret al enumerar las alternativas que hicieron factible la restauración del imperio en 1851, y tenía intacto todo el prestigio de la gloria imperial. Y en una segunda causa afirmaba que en

dicho año había el temor al socialismo y a la república roja. Se recuerda al efecto que en realidad para mediados del siglo XIX habían proliferado las ideas sobre la necesidad de profundos cambios sociales y a la vez concepciones políticas acordes con dichas innovaciones, en lo que mucho tuvieron que ver la acción o la obra de Saint Simon, Owen, Blanc, el mismo Marx y Engels con el *Manifiesto Comunista*, o Proudhon, con la innumerable cantidad de obras de tono revolucionario con el contenido de fórmulas para llegar a la nivelación social.

Indudablemente, eran situaciones distintas las épocas de Luis Bonaparte y la de Mac Mahon, bien delimitadas por Peyret, quien no olvidaba otra alternativa que las diferenciaba, como era la de no saberse para 1851 lo que costaba a un país el gobierno personal y la abdicación de todas las libertades, según decía. Siempre tenía presente que era un proscrito de la implantación del segundo imperio, al que calificaba como gobierno personal y período de abdicación de libertades, al que siempre debería tenerlo presente como para no insistir en 1877 con las mismas fórmulas. Pero sí se olvidaba Peyret de que también antes de 1851 Francia había tenido un gobernante tal vez más absoluto. Es que los franceses admiran y no discuten las glorias del primer Bonaparte. El genio militar seduce y alucina y es indudable que el Gran Corso demostró acabadamente este aserto.

En la correspondencia no podía faltar la alusión al tema político de la Argentina, aunque ello no fue muy frecuente. En 1869 Peyret se lamentaba de que Rivadavia no hubiera dejado sucesores. Consideraba que la política y el periodismo absorbían las fuerzas intelectuales del país, en lo que estaba totalmente de acuerdo con Gutiérrez. "Como usted dice —afirmaba— no hay verdaderos hombres de letras, no hay trabajadores, todo se reduce a improvisar artículos y discursos." Instaba a Gutiérrez para que, con la fuerza de su erudición, promoviera un movimiento conducente a la activación de la vida intelectual.

El asesinato de Urquiza, ocurrido el 11 de abril de 1870, fue un hecho que conmovió al país. Peyret estuvo muy vinculado a una de las realizaciones del Entrerriano, ya que administró y dirigió durante muchos años la colonia agrícola San José que éste costeara. Apenas veinte días después de la tragedia, la comenta en sus cartas a Gutiérrez, aunque sin emitir juicio. Se circunscribe a referencias sobre la situación incierta que el hecho provocara, aunque para el momento, 30 de abril, ya estaba definida la posición antagónica entre los efectivos provinciales y las fuerzas nacionales que invadieron la

provincia, situación que era de prever como derivación del asesinato. Los momentos, según Peyret, no eran los más apropiados para ocuparse "de asuntos filosófico-religiosos". "¿Qué será de nosotros mañana?", se interrogaba, para seguir: "Tal es la cuestión que nos domina".

Es indudable que los acontecimientos que siguieron a la violenta desaparición de Urquiza provocaron una gran inquietud en el país, ante el cariz de la lucha en suelo provinciano con el extraordinario despliegue de efectivos nacionales y profusión de elementos bélicos modernos que al fin definieron la lucha pese al empuje de la caballería entrerriana.

Tres años después Peyret publicaría una serie de *Cartas* en el periódico *La República* que después verían la luz en forma de folleto anónimo, ya que el autor figuraba como *Un extranjero*. En ellas se mostró totalmente contrario a la intervención a la provincia de Entre Ríos, aprovechando para criticar con dureza a Sarmiento, que fue quien la había decretado. En una de ellas decía que el objetivo político de la intervención era el de asegurar los electores de dicha provincia en favor de Avellaneda para la presidencia de la Nación. A estos momentos se refería en una carta del 17 de agosto de 1873 en la que vaticinaba actos de violencia durante la campaña electoral para la elección del sucesor de Sarmiento. "Ahora la atención está absorbida por la política electoral y quedará así mucho tiempo", decía a Gutiérrez, para seguir: "Me parece que han principiado temprano la *course au clocher* [carrera por el campo]. En fin, hay que esmerarse de paciencia y de resignación. Entretanto, es probable que veamos más de un pescuezo roto y más de un caballo destripado", vaticinaba sobre el proceso electoral que se avecinaba, con un no exagerado pesimismo si se tienen en cuenta la violencia y el fraude que caracterizaron a toda elección de autoridades.

Los sucesos de Entre Ríos lo obligaron a emigrar al Uruguay. Quizá se consideró comprometido, refugiándose en la ciudad de Paysandú. Desde allí decía que estaba "en la inacción, recluso por los sucesos de Entre Ríos", y confesaba que se había ido porque "eso no tenía mira de concluir tan pronto. Siempre lo esperaba pero pensé que el movimiento no se verificaría hasta el año entrante". Se está refiriendo al segundo levantamiento de López Jordán iniciado, como se sabe, el 1º de mayo de 1873 y concluido a fines de dicho año con el combate de *Don Gonzalo*, en el que fuera vencido totalmente el caudillo entrerriano.

Alguna vez hizo referencia a la política económica argentina y hasta aventuró un juicio sobre el código de Vélez Sársfield. Las necesidades que palpaba muy de cerca, ya que se referían a la falta de fondos para la compra de libros con destino a la biblioteca del Colegio, le hacían dudar del lugar "donde iremos a parar. A estos países les hace falta un Colbert, un Pitt, un Robert Peel. Parece que la ley moral está cumpliéndose", y venía enseguida la carga a quien consideraba culpable: "Las locuras de Dn. Faustino [Sarmiento] han traído este resultado. He allí los frutos de la gran política de intervenciones, de empréstitos..."

En 1873 en sus *Cartas comentadas* había combatido duramente a Sarmiento a raíz de la intervención a la provincia de Entre Ríos para reprimir los levantamientos de López Jordán. Tres años después la crítica la enderezaba al sector económico. Ya aquél no era presidente, pero la mala situación resultaba de los desaciertos ocurridos en el período de su gobierno, según Peyret.

En cuanto al Código Civil, contaba a Gutiérrez en una de febrero de 1876 que leía poco los diarios y que "para pasar el tiempo me puse a leer el código del doctor Vélez Sársfield". Una locución latina que como tantas asienta en su correspondencia, define su juicio. Es de Ovidio y dice *rudis indigestaque moles*, mole ruda e informe, quiere decir. Con ella da su opinión, no muy favorable por cierto. Como es sabido, el código de Vélez mereció duras críticas de Alberdi en su polémica con el autor, y asimismo de Vicente Fidel López. Peyret admiró al primero y fue amigo del otro, con el que también mantuvo correspondencia. Quizás estas circunstancias hayan obrado en la emisión de su juicio adverso. Aunque su personalidad bien definida lleve a considerar que este parecer fuera el fruto de aquello que él dijera: "Me puse a estudiar el código del doctor Vélez Sársfield".

Una última referencia política se señala entre la tan variada temática contenida en la correspondencia: "La política porteña argentina es realmente repugnante", dice en una de 27 de julio de 1876, y en disculpas por si el juicio lapidario pudiera molestar al amigo, agrega: "perdóneme la franqueza".

Si Gutiérrez correspondió en igual medida a los temas que en materia religiosa contiene la correspondencia de Peyret, es indudable que tal asunto ocupa un lugar extenso del epistolario. Se proclamó este último un libre pensador, lo que significa en la temática reli-

giosa el análisis de acuerdo a la razón. De más está significar entonces que mal podía encajar con el dogma de la religión cristiana, por lo que sus especulaciones lo muestran en una crítica a veces acerba.

Puede suponerse que Gutiérrez participó en ideas afines si se deduce de la asiduidad con la que Peyret trata el tema, y en especial por el contenido de sus cartas, en el que no aparece ninguna manifestación de discrepancia u oposición de quien era el destinatario. Por el contrario y en un ejemplo, en alguna del año 1869 le pide opinión sobre las reflexiones que ha escrito en un periódico sobre el futuro concilio, el Vaticano I convocado por Pío IX el del extenso papado, celebrado entre 1869 a 1870, en el que precisamente se debatiría sobre el racionalismo, tema para entonces muy de actualidad y motivo principal por lo mismo del concilio. "Por aquí no tengo con quién discutirlo", le dice al amigo, y entonces se expulsa en interrogantes: "¿La religión no debe quedar reducida a sentimiento individual y por consiguiente de una expresión variable hasta lo infinito? Luego, ¿no debe eliminarse de la ciencia social para que ésta descansa sobre axiomas rigurosos y no sobre hipótesis indemostrables, sobre aspiraciones?" Asoma el racionalista, el que no está con los misterios del dogma. Según el argumento de los católicos está entre *aquellos que no llenarán las necesidades del alma con abstracciones metafísicas ni destruirán el catolicismo mientras no lo reemplacen con algo*, según se lo explica a Gutiérrez, para interrogarlo entonces: "¿Qué le parecen todas estas cuestiones?" Reacciona ante el tema en el que ha entrado y se confiesa "algo indiscreto". Vale más pensar en otra cosa, sigue, "pero cómo prescindir de ello en la crisis social e intelectual en que se agita el siglo", continúa, para referirse enseguida al disgusto provocado dos años antes en Santa Fe al gobernador Nicasio Oroño ante la ley de registro civil que éste promulgara y que, como se sabe, fue rechazada y firmemente resistida por la iglesia. Peyret atribuyó a esta oposición la causa por la cual hubo una paralización del movimiento inmigratorio, recordándose al efecto que para esos momentos y en los siguientes, dicha provincia era la que recibía una mayor cantidad de extranjeros. Valga esta última acotación como para poner en duda la afirmación del ilustre francés en cuanto a aquello de la detención de la corriente inmigratoria.

En ocasiones, Gutiérrez se encarga de provocar inquietudes en el amigo a raíz de situaciones provocadas en el terreno religioso, ya en América o en Europa. "El episodio del padre Astete" es algo que aquél

le ha comentado y sobre el que Peyret le pide mayores aclaraciones porque "habría que tomar partido para las ideas que sostenemos", dice en carta del 6 de diciembre de 1869, algo confirmatoria de la afinidad que en la materia mantenían ambos.

En la última citada comenta además la excomunión del padre Jacinto, personaje que al parecer convulsionó en el momento el ambiente religioso ante revelaciones contrarias a la conducción de la iglesia, lo que le da motivo para largas disquisiciones sobre los problemas de Francia desde la revolución de 1789, "la que había entrado por el buen camino por su predicación filosófica", aunque después "Robespierre y Napoleón hicieron retroceder las ideas y preparar la reacción católica jesuítica de la que no hemos podido librarnos todavía".

En uno de sus libros, Peyret aclararía algo sobre uno de aquellos personajes, el padre Jacinto Loysson, católico liberal de los que querían amoldar el catolicismo a las necesidades de la evolución social, según lo explica.

El docente e intelectual francés dedicó mucho tiempo a sus escritos sobre materia religiosa. Se sabe que publicó una obra titulada *Orígenes del cristianismo*, aparecida en la *Revista Universitaria de Buenos Aires* en el año 1885, y una *Historia de las religiones* en el año siguiente, de la que *La cultura argentina* entresacó *La evolución del cristianismo* para darla a la luz en 1917. En el prefacio de la *Historia de las religiones* asentó Peyret en las palabras iniciales que hacía más de diez años, o sea en 1875 o 1876, que en una conversación con Gutiérrez le había relatado su propósito de escribir la filosofía de la historia, encontrando en éste el apoyo y el estímulo que lo había caracterizado en los momentos de todas sus inquietudes. Comprendió después que era ésta una tarea superior a sus fuerzas y que necesitaba veinte años de estudio y de viajes para realizarla, por lo que abandonó la idea encerrándose entonces en límites más modestos, como fueron los de estudiar y exponer sobre las instituciones religiosas, políticas y económicas de los pueblos antiguos y modernos.

Pero al parecer mucho antes de 1876 ya tenía pensado escribir un libro sobre la religión de los pueblos. Por lo menos en diciembre de 1869 se lo decía a Gutiérrez; en el siguiente se refería a varios temas, entre ellos un comentario sobre el Evangelio según San Mateo, aunque se quejaba de la falta de medios de difusión para darlos a luz.

También lo tentaba el tema de los jesuitas, por lo que pedía al amigo asesoramiento bibliográfico mencionando al efecto *La constitución de la Compañía* del mismo San Ignacio de Loyola. Al referirse a la *Orden* decía que era el último fruto y el más opimo del catolicismo y que a la fecha imperaba en el mundo religioso.

Ante aquella falla de la falta de medios de difusión, pensó en la creación de un órgano periodístico “para seguir en la cruzada racionalista”. Europa necesitaba reaccionar vigorosamente, decía en enero de 1871, porque de lo contrario sus habitantes se convertirían en momias o se petrificarían, y se interrogaba si acaso la libertad no tendría que refugiarse en América, al considerar que ella se perdía en el viejo continente por la acción de los factores religiosos.

Para propagar su racionalismo consideraba inapropiado el uso de la violencia que propugnaban algunos pensadores europeos, porque “la persecución hizo siempre mártires”, decía. Como buen propagador de ideas creía que la difusión del pensamiento era la fórmula, para lo que comparaba épocas pasadas con la del momento. “En aquél —decía— no había prensa ni los mil medios de propaganda que tenemos. La enseñanza era forzosamente aristocrática y ahora podía hacérsela universal.”

Siempre en lo mismo, afirmaba que era necesario que el pueblo aprendiera a razonar y a filosofar, por lo que convenía escribir para las masas “y no para las academias”, en un lenguaje popular y llano, distinto al utilizado para las “clases distinguidas de la sociedad”, con lo que se democratizaría la ciencia.

En tal posición, Peyret escribió muchos artículos periodísticos sobre el tema de la religión, mostrando su discrepancia con muchos de los principios de la católica apostólica romana. Gutiérrez lo alentaba facilitándole bibliografía y abriéndole las puertas de los periódicos. *La Tribuna* acogió sus escritos, aunque a veces con algo de desgan. Al pasar el tiempo sin que aparecieran sus artículos le comentaba a Gutiérrez en una de octubre de 1876 que era probable que el diario se asustara “de su propia audacia” o que hubiera recibido reconven- ciones, temiendo entonces quedar mal con sus abonados. Es que sus artículos —“mis herejías”, los calificaba irónicamente— eran al parecer, pese a lo intrincado del tema, lapidarios en sus conclusiones, si se deduce del contenido de los libros que escribiera sobre la ma-

teria o de sus cartas. En la última mencionada, por ejemplo, era terminante: "o el catolicismo o el racionalismo", decía.

En las cartas a Gutiérrez hace conocer algunos de los temas de sus artículos. No eran tan sólo sobre los principios del dogma. Iban aún más lejos ya que se remontaban a la explicación de los orígenes de las religiones. "El artículo anterior —dice en noviembre de 1876— versaba sobre las analogías evidentes del cristianismo con el budismo y el mazdeísmo", como lo había señalado un autor católico "que no puede menos de hacerlas notar". En otra, con el testimonio de un autor distinto, dice que la doctrina de Zoroastro "es sin duda alguna el esfuerzo más poderoso del espíritu humano hacia el espiritualismo y la verdad metafísica, sobre el cual se haya ensayado", y en otra conclusión afirma que "los hebreos y los cristianos tomaron su religión de los babilonios".

En una última mención de este contenido del epistolario, se dirá que a raíz del tema de la erección de una estatua de Mazzini, Peyret se tomó "la libertad de hacerle algunas observaciones al doctor Goyena, pero sin atacarlo en su personalidad. Hago abstracción del individuo para dirigirme solamente al hombre público, al creyente, al católico". Se está refiriendo a Pedro Goyena, el gran orador, hombre público y periodista que defendió junto a Estrada y Achával Rodríguez, entre otros, los principios de la religión ante los embates del liberalismo imperante que impuso para entonces reformas sustanciales que la Iglesia consideró lesivas a su prédica, tales como la ley de educación común o la de matrimonio civil.

Sobre este último tema que se ha tratado de la correspondencia de Peyret a Gutiérrez, conviene una breve acotación. Para el momento, años de la década de 1870 y aun algo antes, el tema venía sirviendo para amplios debates y a veces airadas discusiones en los ambientes selectos, entre ellos los intelectuales. Años antes, la alternativa de los derechos del ejercicio del patronato por parte de la autoridad civil había provocado el retiro del nuncio pontificio Marino Marini, el primero que acreditara el Vaticano ante el gobierno argentino en el año 1859 como expresa manifestación del comienzo de las relaciones diplomáticas entre ambos estados. Los roces producidos como consecuencia de lo que aducía el gobierno argentino en cuanto a la legitimidad para hacer uso del derecho de patronato provocaron el retiro definitivo de aquel funcionario de la iglesia.

Otro motivo de enconadas discusiones fue la ley que el gobernador de Santa Fe Nicasio Oroño promulgó en setiembre de 1867 implantando el matrimonio civil como obligatorio. Terciaron entonces muchas opiniones. La de Vélez Sársfield, entre ellas, estuvo en contra de la ley. En cambio Juan María Gutiérrez la defendió en una controversia periodística con Félix Frías⁹. Se recuerda además que el obispo de Paraná monseñor Gelabert y Crespo emitió una pastoral declarando que el gobernador Oroño había incurrido en la pena de excomunión y éste a su vez respondió que la pastoral subvertía el orden público.

En años siguientes, ya entrada la década de los años de 1870, o sea en todos aquellos de la correspondencia de Peyret, la cuestión religiosa estuvo latente, suscitando las más enconadas controversias. Se recuerda al efecto que en febrero de 1875 fue quemado en Buenos Aires el colegio del Salvador, lo que provocó una reacción del sector católico, algo adormecido hasta entonces, tal vez apabullado por la crítica opositora⁹.

Es indudable que el problema era un trasplante europeo de vieja data. La revolución francesa de fines del XVIII encendió la mecha que, desde entonces, tuvo alternativas opuestas, como las de casi apagarse en algunos casos y en otros las de correr el fuego con cierta celeridad. Doctrinas filosóficas contribuyeron o dieron asidero para propugnar ideas en materia religiosa, contrarias u opuestas al catolicismo. Los problemas enunciados —aquel del retiro del nuncio, el de la ley de Oroño y el de las controversias sobre los derechos al ejercicio del patronato, entre otros— crearon un clima tenso en nuestro país que explicaría aquella profusión del tema religioso en la correspondencia que se ha traído a relación.

Juan María Gutiérrez falleció el 26 de febrero de 1878 en momentos en los que mayores eran los contactos que mantenía con Peyret. Muchos años llevaban de amistad, casi los que acreditaba este último de presencia en la Argentina. Admirable fue la relación que mantuvieron los dos hombres. Las cartas de uno de ellos, exten-

⁹ Véase del autor, *Registros civiles precursores en Argentina*. Santa Fe, 1972, p. 53 y sgts.

⁹ Para mayores detalles del tema, véase de NÉSTOR AUZA, *La iglesia y el catolicismo durante la presidencia de Avellaneda*, en ACADEMIA NACIONAL DE LA HISTORIA, *Tercer Congreso de Historia Argentina y Regional*. Buenos Aires, t. II, p. 23.

sísimas la mayoría, muestran la sola especulación intelectual como elemento que en este aspecto los aproximó tan de cerca. Todo lo que tratan son grandes inquietudes de beneficio colectivo, relacionadas todas con el desarrollo del pensamiento en campos diversos, con predominio del literario o del histórico. Coincidieron en sus ideas y ello es lo que los acercó. Una pronunciada diferencia de edad no fue inconveniente para la comunicación fluida que, al expresarla en el papel, ha permitido conocer lo que pensaban dos hombres extraordinarios que mucho sirvieron al país.